

Prólogo

El Chinook batía un cielo rojo sangre. Se estremecía entre peligrosas turbulencias, inclinándose al virar en el aire diáfano. Una telaraña de nubes, iluminada de fondo por un sol desfallecido, pasaba flotando como el humo de un avión en llamas.

Martin Lindros miraba atentamente desde el helicóptero militar que le llevaba hacia las cotas más altas de los montes Simien. Aunque no participaba en misiones sobre el terreno desde que cuatro años atrás el Viejo le nombrara subdirector de la Agencia Central de Inteligencia, había procurado no perder su lado animal. Entrenaba tres días por semana en el campo de obstáculos que la CIA tenía a las afueras de Quantico, y todos los jueves por la noche, a eso de las diez, se sacudía el tedio que le producía revisar informes de inteligencia electrónicos y firmar órdenes de actuación pasando una hora y media en la sala de tiro para retomar el contacto con toda clase de armas de fuego, pasadas, presentes y futuras. Fantasear con la acción le servía para aliviar su frustración por sentirse tan poco útil. Todo eso cambió, sin embargo, cuando el Viejo aprobó su propuesta de operaciones para Tifón.

Un fino cuchillo de aire cruzó el interior del Chinook adaptado por la CIA. Anders, el jefe de Escorpión Uno, el comando de cinco ases de las fuerzas especiales, le tocó con el codo y Lindros se volvió. Al mirar por la ventanilla las nubes deshilachadas, vio la ladera norte del Ras Dashén sacudida por el viento. Había algo siniestro en aquel monte de 4.500 metros de altitud, el más alto del macizo de Simien. Quizá fuera porque Lindros recordaba la tradición local: leyendas de ancestrales espíritus malignos que, según se decía, habitaban en sus cumbres.

El sonido del viento creció hasta convertirse en un alarido, como si el monte intentara arrancarse de sus raíces.

Había llegado la hora.

Lindros asintió y se acercó al piloto, bien sujeto en su asiento por el cinturón de seguridad. El subdirector rozaba la cuarentena, era alto y de cabello rojizo. Se había graduado en Brown y la CIA lo reclutó cuando cursaba en Georgetown el doctorado en relaciones internacionales. Era listo como un lince y tan entregado a su trabajo como podía desear el director de la agencia. Inclinandose para hacerse oír, Lindros dio al piloto las últimas coordenadas, que, por motivos de seguridad, debía reservarse hasta el último momento.

Llevaba poco más de tres semanas en operaciones sobre el terreno. En ese tiempo, había perdido a dos hombres. Un terrible precio que pagar. Bajas aceptables, diría el Viejo, y él tendría que volver a mentalizarse para creerlo si no quería fracasar. Pero ¿qué precio poner a la vida humana? Jason Bourne y él habían debatido a menudo la cuestión sin llegar a una respuesta aceptable. En el fondo, Lindros pensaba que para ciertas cuestiones no la había.

Sin embargo, cuando los agentes estaban asignados a una operación, las cosas eran muy distintas. Había que asumir las «bajas aceptables». No quedaba otro remedio. Por lo tanto, la muerte de aquellos dos hombres era aceptable, porque en el curso de su misión Lindros se había asegurado de la veracidad del informe según el cual una organización terrorista se había apoderado de una caja de TSG en algún lugar del Cuerno de África. Los TSG eran pequeños conmutadores de alto voltaje usados para activar y desactivar altísimos niveles de potencia voltaica: válvulas de alta tecnología para proteger componentes electrónicos tales como tubos de microondas y aparatos de diagnóstico médico. Se usaban también como detonadores de armas nucleares.

Desde Ciudad del Cabo, Lindros había seguido un rastro serpenteante que conducía de Botsuana a Zambia, y de allí, pasando por Uganda, a Ambikua, una minúscula aldea de agricultores (apenas un puñado de edificaciones, entre ellas una iglesia y un

bar) en los pastos montañosos de la falda del Ras Dashén. Allí había conseguido uno de los TSG, que acto seguido había enviado al Viejo a través de un correo seguro.

Pero entonces había ocurrido algo, algo inaudito y espeluznante: en aquel destartado bar de suelo de estiércol y sangre seca Lindros había oído decir que no eran sólo detonadores lo que el grupo terrorista estaba sacando de Etiopía. Si aquel rumor era cierto, podía tener consecuencias terribles no sólo para Estados Unidos, sino para el mundo entero, porque significaba que los terroristas tenían en su poder un instrumento capaz de sumir en el caos todo el planeta.

Siete minutos después, el Chinook se posó en el ojo de una tormenta de arena. La plataforma rocosa estaba completamente desierta. Justo delante había un muro de piedra antiguo: una entrada, decían las leyendas locales, a la temible morada de los demonios que habitaban en aquellos montes. Lindros sabía que, al otro lado de una abertura en el muro ruinoso, se hallaba el sendero casi vertical que conducía a los gigantescos espolones rocosos que custodiaban la cima del Ras Dashén.

Lindros y los hombres de Escorpión Uno saltaron a tierra agazapados. El piloto siguió en su puesto, con el motor al ralentí y las aspas en movimiento. Los hombres llevaban gafas para protegerse del torbellino de polvo y guijarros que levantaba el aparato, y pequeños micrófonos y auriculares inalámbricos enroscados en las orejas para poder comunicarse a pesar del rugido de los rotores. Iban armados con fusiles de asalto XM8 ultraligeros, capaces de disparar 750 balas por minuto.

Lindros dirigió la marcha. Frente al muro de piedra se alzaba un imponente precipicio en el que se abría la negra boca de una cueva. Todo lo demás era de color pardo, ocre, rojo apagado: el paisaje desolado de otro planeta, el camino hacia el infierno.

Anders desplegó a sus hombres en formación convencional: los mandó primero a inspeccionar los escondrijos más obvios y a

continuación les ordenó formar un perímetro de seguridad. Dos de ellos se acercaron al muro de piedra para echar un vistazo a su extremo. Los otros dos recibieron orden de acercarse a la cueva; uno debía quedarse a la entrada mientras el otro se cercioraba de que el interior estaba despejado.

El aire se agitó por encima del enorme risco que se alzaba sobre ellos y azotó el suelo desnudo, traspasando sus uniformes. Allí donde no caía en picado, la pared de roca se cernía sobre ellos fornida y amenazadora, su cráneo pelado realzado por el aire transparente.

A su lado, Anders, como un buen comandante, escuchaba los informes de sus hombres desde el perímetro de la zona. Nadie acechaba tras el muro de piedra. Anders escuchó atentamente el informe del segundo equipo.

—Hay un cuerpo en la cueva —informó el comandante—. Tiene un balazo en la cabeza. Está muerto y bien muerto. Aparte de eso, todo despejado.

Lindros escuchaba la voz de Anders por los auriculares.

—Empezamos por ahí —dijo, señalando con el dedo—. El único rastro de vida en este sitio dejado de la mano de Dios.

Se agacharon. Anders removió el carbón con sus dedos enguantados.

—Aquí hay un hoyo poco profundo. —El comandante cogió un puñado de ceniza—. ¿Ve? El fondo está endurecido por el fuego. O sea que alguien ha hecho fuego aquí no una, sino muchas veces estos últimos meses, puede incluso que un año entero.

Lindros manifestó su asentimiento y levantó el pulgar.

—Parece que hemos acertado con el sitio. —Los nervios se habían apoderado de él. Cada vez parecía más probable que el rumor que había oído fuera cierto. Había esperado contra toda esperanza que no fuera más que eso, un rumor; que al subir allí no encontraran nada. Porque cualquier otro resultado era inconcebible.

Desenganchó dos aparatos de su cinturón, los encendió y los pasó por encima del foso del fuego. Uno era un detector de radiaciones alfa; el otro, un contador Geiger. Lo que estaba buscando,

lo que confiaba en no encontrar, era una combinación de rayos alfa y gamma.

Los aparatos no detectaron nada en el hoyo.

Lindros siguió adelante. Usando el hoyo del fuego como punto de referencia, fue moviéndose en círculos concéntricos con los ojos pegados a los medidores. Había dado tres vueltas y se hallaba a unos cien metros del foso cuando se activó el detector alfa.

—Mierda —dijo en voz baja.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Anders.

Lindros se apartó de donde estaba y el detector se desactivó. El Geiger seguía inactivo. Menos mal. A aquella altura, la lectura del detector alfa podía proceder de cualquier cosa, incluso de la montaña misma.

Regresó al lugar donde el medidor había detectado rayos alfa. Al levantar la vista se dio cuenta de que estaba frente a la cueva. Echó a andar lentamente hacia ella. La lectura del detector de radiación no varió. Luego, a unos veinte metros de la entrada de la cueva, aumentó de pronto. Lindros se detuvo un momento para limpiarse el sudor del labio superior. Santo cielo, iba a verse obligado a constatar que alguien había clavado otro clavo en el ataúd del mundo. Pero aún no había señales de rayos gamma, se dijo. Algo es algo. Se aferró a esa esperanza doce metros más. Entonces se activó el Geiger.

Dios, rayos gamma combinados con rayos alfa. Justo la rúbrica que esperaba no encontrar. Notó que un hilillo de sudor le corría por la espalda. Sudor frío. No había sentido nada parecido desde que tuvo que matar por primera vez en el transcurso de una misión. En su cara y en la cara del hombre que intentaba matarle, la desesperación y el empeño iban de la mano. El instinto de conservación.

—Luces. —Lindros tuvo que esforzarse por articular; un terror mortal llenaba su boca—. Necesito ver ese cadáver.

Anders asintió con un gesto y dio órdenes a Brick, el hombre que había inspeccionado la cueva. Éste encendió una linterna de gas xenón. Penetraron los tres en la penumbra.

No había hojas muertas ni otros materiales orgánicos que actuaran como fermento del intenso hedor mineral. Notaban sobre ellos el peso muerto del macizo rocoso. Lindros recordó la sensación de asfixia que experimentó al entrar por vez primera en las tumbas de los faraones, en las entrañas de las pirámides de El Cairo.

El potente rayo de la linterna barrió las paredes de roca. En aquel tétrico escenario, el muerto no parecía fuera de lugar. Las sombras que lo cubrían se escabulleron cuando Brick movió la linterna. El haz de luz absorbió el poco color que le quedaba, y pareció infrahumano: un zombi sacado de una película de terror. Su postura era de reposo, de quietud total, desmentida únicamente por el orificio de bala abierto en el centro de su frente. Tenía la cara vuelta hacia un lado, como si deseara permanecer en la oscuridad.

—No fue un suicidio, eso seguro —dijo Anders; eso era lo que había empezado a pensar Lindros—. Los suicidas prefieren lo fácil. La boca, por ejemplo. A este hombre le mató un profesional.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lindros. El comandante se encogió de hombros.

—Con esa gente podrían ser mil...

—¡Apártese, joder!

Lindros gritó tan fuerte que Brick, que se había acercado al cuerpo, retrocedió de un salto.

—Perdone, señor —dijo Brick—. Sólo quería enseñarles una cosa rara.

—Use la linterna —le ordenó Lindros. Pero ya sabía lo que iba a suceder. Nada más entrar en la cueva, el detector de radiación y el contador Geiger habían comenzado a desgranar un aterrador ra-ta-tá ante sus ojos.

Dios mío, pensó. Dios mío.

El muerto era extremadamente delgado y era muy joven; un adolescente, casi con toda seguridad. ¿Tenía los rasgos semíticos de un árabe? A Lindros le pareció que no, pero era casi imposible saberlo porque...

—¡Dios mío!

Anders también lo vio. El cadáver no tenía nariz. El centro de su cara estaba carcomido. En aquel feo agujero negro, la sangre coagulada espumeaba lentamente, como si el cuerpo aún estuviera vivo. Como si algo lo estuviera devorando de dentro afuera.

Que es justo lo que está pasando, se dijo Lindros con una oleada de náuseas.

—¿Qué coño puede causar eso? —preguntó Anders con voz pastosa—. ¿Una toxina? ¿Un virus?

Lindros se volvió hacia Brick.

—¿Lo ha tocado? Dígame, ¿ha tocado el cuerpo?

—No, yo... —Brick estaba perplejo—. ¿Me he contaminado?

—Perdone, señor subdirector, pero ¿dónde coño nos ha metido? Estoy acostumbrado a participar a ciegas en misiones encubiertas, pero esta vez se han pasado de la raya.

Con una rodilla apoyada en el suelo, Lindros destapó un botecito de metal y con un dedo enguantado recogió un poco del polvo que había cerca del cadáver. Cerró bien el bote y se levantó.

—Tenemos que salir de aquí. —Miró directamente a Anders a la cara.

—Subdirector...

—No se preocupe, Brick. No le pasará nada —dijo en tono autoritario—. Se acabó la charla. Nos vamos.

Cuando llegaron a la entrada de la cueva y vieron resplandecer el maldito paisaje rojo sangre, Lindros dijo dirigiéndose al micrófono:

—Anders, a partir de este momento tienen prohibido entrar en esa cueva. Ni siquiera para ir a mear. ¿Entendido?

El comandante vaciló un momento; se le notaban en la cara la rabia y la preocupación por sus hombres. Luego pareció resignarse.

—Sí, señor.

Lindros pasó diez minutos recorriendo la plataforma con su detector de radiación y su contador Geiger. Quería saber cómo había llegado hasta allí la contaminación. ¿Qué ruta habían seguido los hombres que la llevaban consigo? No tenía sentido buscar por dónde se habían marchado. El hecho del que el hombre sin

nariz hubiera sido asesinado de un disparo dejaba claro que los miembros del grupo habían descubierto de la forma más espantosa que tenían una fuga radiactiva. Sin duda la habrían sellado antes de seguir su camino. Pero Lindros no tuvo suerte. Lejos de la cueva, la radiación se disipaba por completo. No quedaba ni rastro del que deducir su itinerario.

Por fin se apartó del perímetro.

—Ordene la evacuación, comandante.

—¡Ya lo habéis oído! —gritó Anders mientras corría hacia el helicóptero—. ¡Larguémonos de aquí, chicos!

—*Wa'i* —dijo Fadi. «Lo sabe.»

—Seguro que no. —Abub ibn Aziz cambió de postura al lado de Fadi. Agachados detrás del risco, trescientos metros por encima de la plataforma, servían de avanzadilla a la veintena de hombres armados que esperaban tumbados sobre el suelo rocoso.

—Con esto lo veo todo. Había una fuga.

—¿Por qué no nos informaron?

No hubo respuesta. No hacía falta. No les habían informado por puro miedo. De haberlo sabido, Fadi los habría matado a todos: hasta al último porteador etiope. La intimidación absoluta tenía esos riesgos.

Fadi dirigió hacia la derecha sus potentes prismáticos militares rusos de 12 × 50 para no perder de vista a Martin Lindros. Los prismáticos cubrían un campo de visión asombrosamente pequeño, pero su precisión compensaba de sobra esa limitación. Había visto que el jefe del grupo (el subdirector de la CIA) estaba usando un detector de radiación y un contador Geiger. Aquel norteamericano sabía lo que hacía.

Fadi, un hombre alto y de anchas espaldas, poseía un porte decididamente carismático. Cuando hablaba, todo el que se hallaba presente guardaba silencio. Tenía un rostro hermoso y enérgico, atezado por el sol y el viento de las montañas. Su barba y su pelo eran largos y rizados, del color negro de una noche sin estre-

llas, y sus labios anchos y carnosos. Cuando sonreía, el sol parecía haber bajado del cielo para brillar directamente sobre sus discípulos. Porque la misión que profesaba Fadi era de naturaleza mesiánica: llevar esperanza donde no la había, asesinar a los miles de miembros de la familia real saudí, borrar esa abominación de la faz de la tierra, liberar a su pueblo, repartir la obscena riqueza de los déspotas, restablecer el orden en su amada Arabia. Sabía que, para empezar, debía cercenar la relación simbiótica entre la familia real saudí y el Gobierno de los Estados Unidos de América. Y para conseguirlo tenía que atacar América: dejar claras sus intenciones de forma tan contundente como duradera.

No debía, en cambio, subestimar la capacidad de los norteamericanos para soportar el dolor. Era ése un error común entre sus correligionarios fanatizados: lo que los metía en líos con su propio pueblo, el origen, más que cualquier otra cosa, de una vida vivida sin esperanza.

Fadi no era tonto. Había estudiado la historia del mundo. Es más, había aprendido de ella. Cuando Nikita Krushev les dijo a los norteamericanos «¡Os enterraremos!», lo decía de corazón, con toda el alma. Pero ¿quién había acabado enterrada? La URSS.

Cuando sus camaradas extremistas le decían «Tenemos muchas vidas para enterrar a Estados Unidos», se referían a la inagotable cantera de jóvenes que alcanzaban la mayoría de edad cada año y entre los cuales podían escoger a los mártires que morirían en la batalla. Pero no pensaban ni por un momento en la muerte de esos jóvenes. ¿Para qué? El paraíso esperaba a los mártires con los brazos abiertos. Y, sin embargo, ¿qué se había conseguido? ¿Vivía Estados Unidos sin esperanza? No. ¿Lo empujaban aquellos actos hacia una vida sin esperanza? Otra vez la respuesta era no. Así pues, ¿cuál era la solución?

Fadi creía con todo su corazón y su alma (y más concretamente con su formidable intelecto) que había dado con ella.

Mientras no perdía de vista al subdirector a través de los prismáticos, notó que parecía reacio a marcharse. Se sentía como un

ave de presa cuando miraba el blanco desde aquella altura. Los arrogantes soldados norteamericanos habían subido al helicóptero, pero el comandante (los informes de los espías de Fadi no incluían su nombre) no permitiría que su jefe se quedara en la plataforma sin escolta. Era un hombre astuto. Tal vez su nariz olía algo que sus ojos no veían; o quizá sólo se estaba ciñendo a una disciplina bien aprendida. En todo caso, mientras los dos hombres hablaban codo con codo, Fadi comprendió que no tendría mejor oportunidad que aquella.

—Empieza —le dijo suavemente a Abbud ibn Aziz sin apartar los ojos de las lentes.

A su lado, Abbud ibn Aziz levantó el lanzagranadas RPG-7 de fabricación soviética. Era un hombre recio, con la cara redonda y un defecto de nacimiento en el ojo izquierdo. Introdujo el proyectil puntiagudo y con aletas en el cañón del lanzagranadas. Las aletas dotaban de estabilidad a la granada rotatoria para que diera en el blanco con un alto grado de precisión. Cuando apretara el gatillo, el mecanismo principal lanzaría la granada a una velocidad de 117 metros por segundo. Aquel feroz estallido de energía activaría, a su vez, el sistema de propulsión del proyectil en el interior del cañón, aumentando la velocidad de la granada hasta los 292 metros por segundo.

Abbud ibn Aziz acercó el ojo derecho a la mira telescópica montada justo detrás del gatillo. Al enfocar el Chinook, pensó fugazmente que era una lástima perder aquella magnífica máquina de guerra. Pero aquel objeto de deseo no era para él. En cualquier caso, el hermano de Fadi lo había planeado todo con suma meticulosidad, incluido el rastro de pistas que había sacado al subdirector de la CIA de su despacho para embarcarlo en una misión sobre el terreno y que le había conducido, siguiendo una ruta tortuosa, hasta el noroeste de Etiopía y desde allí a las cumbres del Ras Dashén.

Abbud ibn Aziz colocó el RPG-7 apuntando al rotor delantero del helicóptero. Se había fundido con el arma, había asimilado por completo el objetivo de su misión. Sentía fluir a través de su

cuerpo la absoluta determinación de sus compañeros, como una marea, o como una ola a punto de romper en la playa enemiga.

—Recuerda —dijo Fadi.

Pero Abbud ibn Aziz, un tirador consumado, entrenado por el brillante hermano de Fadi en la moderna maquinaria de guerra, no necesitaba recordatorio alguno. El único defecto de los RPG-7 era que, al disparar, despedían un hilillo de humo que los delataba. Se volverían inmediatamente visibles para el enemigo. Pero eso también se había tenido en cuenta.

Sintió que Fadi tocaba su hombro con el dedo índice, lo que significaba que el blanco estaba en posición. Su dedo se enroscó en torno al gatillo. Respiró hondo, exhaló lentamente.

Se produjo el culatazo, un huracán de aire ardiente. Luego, el destello y el estampido de la explosión, el hilo de humo, las aspas retorcidas de los rotores alzándose al unísono en el campo enemigo. Un eco estruendoso resonaba aún, como el dolor sordo del hombro de Abbud ibn Aziz, cuando los hombres de Fadi se levantaron y corrieron hacia el risco, cien metros al este de donde Abbud ibn Aziz y él se hallaban encaramados y de donde ahora se alejaban a gatas mientras ascendía el humo delator. Tal y como les habían enseñado, el escuadrón disparó una andanada masiva, expresión de la ira de los fieles.

Al Hamdu lil Allah! ¡Alabado fuera Alá! El ataque había comenzado.

Lindros le estaba diciendo a Anders por qué quería quedarse dos minutos más en aquel lugar; un segundo después, sintió como si le aplastaran el cráneo con un mazo. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba tumbado en el suelo, con la boca llena de tierra. Levantó la cabeza. Cascotes en llamas se movían sin orden ni concierto por el aire cargado de humo, pero no se oía nada, ni un solo sonido, salvo la extraña presión de sus tímpanos, un silbido interior, como si dentro de su cabeza se hubiera levantado un viento perezoso. La sangre le corría por la cara, caliente como lá-

grimas. Un olor intenso y asfixiante a goma y plástico quemados saturaba sus fosas nasales, pero había algo más: un olor denso pero soterrado a carne abrasada.

Al intentar darse la vuelta, descubrió que Anders estaba tumbado a medias sobre él. En su afán por protegerle, el comandante se había llevado la peor parte de la explosión. Su cara y sus hombros, achicharrados y desnudos por haberse consumido enteramente el uniforme, echaban humo. Tenía quemado todo el pelo de la cabeza, de la que quedaba poco más que el cráneo. Lindros sintió náuseas y apartó el cadáver con un estremecimiento convulsivo. Las náuseas volvieron a apoderarse de él cuando se puso de rodillas.

Oyó entonces una especie de chirrido extrañamente amortiguado, como si lo oyera desde muy lejos. Al darse la vuelta, vio que los miembros del Escorpión Uno salían como podían del Chinook destrozado disparando sus semiautomáticas.

Uno de ellos cayó fulminado por el fuego de las ametralladoras. Lindros actuó por instinto. Tumbado boca abajo, se arrastró hasta el muerto, cogió su XM8 y empezó a disparar.

Los hombres del Escorpión Uno, curtidos por la batalla, eran valientes y estaban bien entrenados. Sabían cuándo disparar y cuándo buscar refugio. Aun así, estaban tan concentrados en el enemigo que tenían delante que, cuando empezó el fuego cruzado, les pilló desprevenidos. Los disparos fueron alcanzándoles uno a uno, repetidas veces en la mayoría de los casos.

Lindros siguió defendiéndose incluso cuando ya sólo quedaba él en pie. Curiosamente, nadie le disparaba; no le rozó ni una sola bala. Había empezado a preguntarse por qué cuando su XM8 se quedó sin munición. Se quedó de pie, con el fusil de asalto humeante en la mano, viendo cómo bajaba del risco el enemigo.

Avanzaban en silencio, flacos como el despojo de la cueva, con los ojos cavernosos de quienes han visto mucha sangre derramada. Dos de ellos se apartaron del grupo y se introdujeron en la carcasa abrasada del Chinook.

Lindros se sobresaltó al oír disparos. Uno de los hombres saltó por la puerta abierta del helicóptero ennegrecido, pero un mo-

mento después el otro sacó a rastras al piloto cubierto de sangre, agarrándole por el cuello.

¿Estaba muerto o sólo inconsciente? Lindros ansiaba saberlo, pero los otros habían formado un círculo a su alrededor. Veía en sus rostros el lustre peculiar del fanático, un amarillo morbosos, una llama que sólo se extinguía con la propia muerte.

Tiró al suelo su arma inutilizada y se apoderaron de ella; luego le sujetaron con fuerza las manos a la espalda. Algunos hombres recogieron los cadáveres del suelo y los arrojaron al interior del Chinook. Otros dos avanzaron con lanzallamas. Con inquietante precisión procedieron a incinerar el helicóptero y a los muertos y heridos que había dentro.

Aturdido y sangrando por algunos cortes superficiales, Lindros observaba la minuciosa coordinación de sus movimientos. Estaba sorprendido e impresionado. Y también asustado. El que había planeado aquella ingeniosa emboscada y entrenado a aquella célula no era un terrorista corriente. Sin que sus captores le vieran, Lindros se quitó el anillo que llevaba en el dedo, lo dejó caer entre las piedras del suelo y dio un paso para taparlo con el zapato. Quien fuera en su busca necesitaría saber que había estado allí, que no había muerto con el resto.

En ese momento, el grupo de hombres que le rodeaba se abrió y Lindros vio avanzar hacia él a un árabe alto y de porte majestuoso, con el rostro insolente esculpido por el desierto y ojos grandes y penetrantes. A diferencia de otros terroristas a los que Lindros había interrogado, aquél llevaba en sí el marchamo de la civilización. El Primer Mundo le había tocado, y él había bebido de su cáliz tecnológico.

Lindros miró los ojos oscuros del árabe cuando se encontraron de frente.

—Buenas tardes, señor Lindros —dijo en árabe el líder terrorista.

Lindros siguió mirándole sin pestañear.

—¿Dónde está ahora tu jactancia, norteamericano taciturno? —Sonriendo, añadió—: Es absurdo fingir. Sé que habla árabe.

—Le despojó del detector de radiación y el contador Geiger—. He de suponer que encontró usted lo que andaba buscando. —Le palpó los bolsillos y sacó el bote metálico—. Ah, sí. —Lo abrió y vertió su contenido entre las botas de Lindros—. Es una lástima que las verdaderas pruebas hayan desaparecido hace tiempo. Le gustaría saber adónde han ido a parar. —Dijo esto último en tono de burlona afirmación, no de pregunta.

—Tiene usted un excelente servicio de inteligencia —dijo Lindros en impecable árabe, lo que causó cierto revuelo entre el grupo, a excepción de dos de sus miembros: el líder y un hombre corpulento al que supuso el segundo en el mando.

La sonrisa del líder volvió a aparecer.

—Lo mismo digo.

Silencio.

Sin previo aviso, el árabe asestó a Lindros una bofetada tan fuerte que le castañetearon los dientes.

—Mi nombre es Fadi, el redentor, Martín. ¿Te importa que te llame Martín? Más vale así, porque durante las próximas semanas vamos a conocernos íntimamente.

—No pienso decirte nada —contestó Lindros, pasando bruscamente al inglés.

—Lo que pienses y lo que vayas a hacer son dos cosas distintas —dijo Fadi con un inglés igual de preciso. Inclínó la cabeza. Lindros dio un respingo al sentir que le retorcían los brazos tan brutalmente que sus hombros parecieron a punto de dislocarse—. En esta mano de la partida, has decidido pasar. —La decepción de Fadi parecía sincera—. Qué arrogancia por tu parte, qué insensatez. Claro que, a fin de cuentas, eres norteamericano. Y los norteamericanos son ante todo arrogantes, ¿eh, Martín? E insensatos.

Lindros pensó de nuevo que aquél no era un terrorista corriente: Fadi conocía su nombre. A pesar del dolor cada vez más intenso que le subía por los brazos, se esforzó por mantener una expresión impasible. ¿Por qué no llevaba una cápsula de cianuro escondida en la boca, en forma de diente, como los agentes en las novelas de espías? Sospechaba que tarde o temprano la echaría de

menos. Pero aun así mantendría aquella fachada todo el tiempo que le fuera posible.

—Sí, escóndete detrás de tus estereotipos —dijo—. Nos acusáis de no comprenderos, pero vosotros nos comprendéis aún menos. Tú no sabes nada de mí.

—Ah, en eso, como en casi todo, te equivocas, Martin. De hecho, os conozco muy bien. Durante un tiempo, como un buen estudiante norteamericano, os he convertido en la asignatura principal de mi carrera. ¿Estudios antropológicos o *Realpolitik*? —Se encogió de hombros como si fueran dos compañeros tomando algo—. Simple cuestión de semántica.

Su sonrisa se hizo más amplia cuando besó a Lindros en las mejillas.

—Así pues, ahora empieza la segunda mano. —Al apartarse, tenía sangre en los labios—. Me has buscado durante tres semanas y, al final, he sido yo quien te ha encontrado.

No se limpió la sangre de Lindros. Se la lamió.

LIBRO PRIMERO

1

—¿Cuándo empezaron a asaltarle esos recuerdos, señor Bourne?
—preguntó el doctor Sunderland.

Incapaz de estarse quieto, Jason Bourne se paseaba por la cómoda y acogedora habitación, más parecida al despacho de una casa que a la consulta de un médico. Paredes pintadas de color crema, revestimiento de caoba, un rancio escritorio de madera oscura con las patas rematadas por garras, dos sillas y un pequeño sofá. Detrás del escritorio del doctor Sunderland, cubrían la pared sus muchos diplomas y una impresionante hilera de premios internacionales por la creación de protocolos terapéuticos tanto en el campo de la psicología como en el de la psicofarmacología, relacionados todos ellos con su especialidad: la memoria. Bourne los observó atentamente, y luego vio la foto en un marco de madera, sobre la mesa del doctor.

—¿Cómo se llama? —dijo Bourne—. Su esposa.

—Katya —dijo el doctor Sunderland tras un leve titubeo.

Los psiquiatras siempre se resistían a dar cualquier información personal sobre sí mismos o sus familias. *Pero en este caso...*, pensó Bourne.

Katya estaba enfundada en un traje de esquí. Llevaba en la cabeza un gorro de lana de rayas, con un pompón en la coronilla. Era rubia y muy guapa. Había algo en ella que daba la impresión de que se sentía a gusto delante de la cámara. Sonreía al objetivo, con el sol en los ojos. Las arrugas de las comisuras de sus ojos la hacían parecer singularmente vulnerable.

Bourne sintió aflorar las lágrimas. En otro tiempo habría pensado que eran las lágrimas de David Webb. Pero aquellas dos personalidades en conflicto (David Webb y Jason Bourne, el día

y la noche de su espíritu) se habían fundido por fin. Si bien David Webb, antaño profesor de lingüística de la Universidad de Georgetown, se sumía cada vez más en las sombras, también era cierto que había logrado suavizar las tendencias más paranoicas y antisociales de Bourne, quien no podía vivir en la normalidad del mundo de Webb, del mismo modo que Webb no podía sobrevivir en el feroz y opaco mundo de Bourne.

La voz del doctor Sunderland se introdujo en sus pensamientos.

—Siéntese, por favor, señor Bourne.

El interpelado así lo hizo. Era en cierto modo un alivio olvidarse de la foto.

El rostro del doctor adoptó una expresión de compasión sincera.

—Esos recuerdos, señor Bourne, empezaron, imagino, tras la muerte de su esposa. Un trauma de ese calibre habrá...

—No, no fue entonces —se apresuró a decir Bourne. Pero era mentira. Las esquivas de aquellos recuerdos habían aflorado la noche en que vio a Marie. Le despertaron bruscamente: pesadillas palpables, incluso al resplandor de las luces que encendió entonces.

Sangre. Sangre en las manos, sangre cubriéndole el pecho. Sangre en la cara de la mujer que lleva en brazos. ¡Marie! No, no es Marie. Es otra, la suave línea de su cuello blanco entre los regueros de sangre. Su vida se derrama sobre él, gotea sobre el empedrado de la calle mientras corre. Atraviesa jadeando la noche helada. ¿Dónde está? ¿Por qué corre? Santo cielo, ¿quién es ella?

Se levantó y, aunque era de madrugada, se vistió y salió a correr con todas sus fuerzas por la campiña canadiense, hasta que empezó a dolerle el costado. La luna blanca como un hueso le seguía, lo mismo que las astillas ensangrentadas de aquellos recuerdos. No pudo dejarlas atrás.

Ahora estaba mintiendo a aquel médico. ¿Y por qué no? No se fiaba de él, a pesar de que se lo había recomendado su amigo Martin Lindros, el subdirector de la CIA. Lindros había sacado el nombre de Sunderland de una lista que le había proporcionado la oficina del director. No hizo falta que Bourne se lo preguntara:

para verificar su hipótesis, le bastó con ver el nombre de Anne Held en el margen inferior de cada página. Anne Held era la ayudante del director, su férrea mano derecha.

—¿Señor Bourne? —insistió el doctor Sunderland.

No sirvió de nada. Veía la cara de Marie, pálida y sin vida, sentía la presencia de Lindros a su lado mientras escuchaba el inglés con acento francófono del forense canadiense:

—*La neumonía vírica se había extendido demasiado, no pudimos salvarla. Consuélese pensando que no sufrió. Se quedó dormida y no se despertó. —El forense apartó la mirada de la muerta para fijarla en su desolado marido y en el amigo de éste—. Si hubiera vuelto antes de esquiar...*

Bourne se mordió el labio.

—*Estaba cuidando de nuestros hijos. Jamie se había torcido un tobillo en el último descenso. Alison estaba muy asustada.*

—*¿No buscó un médico? Suponga que el tobillo hubiera estado dislocado... o roto.*

—*Usted no lo entiende. Mi mujer... toda su familia es de campo, son rancheros, gente recia. Marie estaba acostumbrada a valerse sola en el monte desde muy pequeña. No le daba ningún miedo.*

—*A veces —dijo el forense—, es bueno tener un poco de miedo.*

—*¡Usted no tiene derecho a juzgarla! —gritó Bourne, dolorido y rabioso.*

—*Pasa usted demasiado tiempo con los muertos —le dijo Lindros al forense en tono de reproche—. Tiene que mejorar sus habilidades sociales.*

—*Les pido disculpas.*

Bourne contuvo el aliento y, volviéndose hacia Lindros, dijo:

—*Me llamó por teléfono, pensaba que sólo era un resfriado.*

—*Una conclusión muy natural —dijo su amigo—. En todo caso, es evidente que estaba pensando en sus hijos.*

—Entonces, señor Bourne, ¿cuándo empezaron esos fogonazos de recuerdos?

Había una clara nota de acento rumano en el inglés del doctor Sunderland. Con su frente ancha y despejada, su robusta mandíbula

y su nariz prominente, Sunderland era un hombre en el que uno podía confiar fácilmente, un hombre al que confesarse. Llevaba gafas de montura metálica y el pelo engominado y peinado hacia atrás con un estilo extrañamente anticuado. No tenía PDA, ni enviaba mensajes de texto. Sobre todo, no hacía varias cosas a la vez. Vestía un terno de grueso *tweed* escocés y pajarita de lunares blanca y roja.

—Vamos, vamos. —El doctor Sunderland inclinó su gran cabeza, que le daba el aspecto de un búho—. Perdone, pero tengo la impresión de que está... ¿Cómo lo diría...?, ocultando la verdad.

Bourne se puso alerta de inmediato.

—¿Ocultando...?

El doctor Sunderland sacó una bonita cartera de piel de cocodrilo y extrajo de ella un billete de cien dólares. Mostrándoselo, dijo:

—Le apuesto algo a que esos recuerdos comenzaron justo después de que enterrara a su esposa. Claro que la apuesta quedará invalidada si decide usted no decir la verdad.

—¿Qué es usted, un detector de mentiras humano?

El doctor Sunderland guardó silencio prudentemente.

—Guárdese su dinero —dijo Bourne por fin. Suspiró—. Tiene razón, claro. Los recuerdos comenzaron el día en que vi a Marie por última vez.

—¿Qué forma tomaron?

Bourne titubeó.

—La estaba mirando... en el tanatorio. Su hermana y su padre ya la habían identificado y habían ordenado que la trasladaran desde el depósito. La miré y... no la vi...

—¿Qué vio, señor Bourne? —La voz del doctor Sunderland sonaba suave, distante.

—Sangre. Vi sangre.

—¿Y?

—Pues que no había sangre. No había nada de sangre. Eran recuerdos que afloraban... sin avisar..., sin...

—Así es como sucede siempre, ¿verdad?

Bourne asintió.

—La sangre... era fresca, brillaba, parecía azulada por la luz de las farolas. Cubría aquella cara...

—¿Qué cara?

—No sé... La de una mujer..., pero no era Marie. Era... otra.

—¿Puede describirla? —preguntó el doctor Sunderland.

—Eso es lo curioso. Que no puedo. No sé quién... Y, sin embargo, la conozco. Sé que la conozco.

Se hizo un breve silencio, en el que el doctor Sunderland intercaló otra pregunta aparentemente incoherente.

—Dígame, señor Bourne, ¿qué día es hoy?

—Mis problemas de memoria no son de ese tipo.

El doctor Sunderland inclinó la cabeza.

—Conteste, hágame ese favor.

—Martes, tres de febrero.

—Han pasado cuatro meses desde el funeral, desde que comenzaron sus problemas de memoria. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo para buscar ayuda?

Se hizo otra vez el silencio durante un rato.

—La semana pasada ocurrió una cosa —dijo Bourne por fin—. Vi... vi a un viejo amigo mío. —Alex Conklin, paseando por el casco viejo de Alejandría, donde había llevado a Jamie y Alison de excursión, la última que haría con ellos en mucho tiempo. Acababan de salir de una heladería, los niños cargados de helados de cucurucho, y allí estaba Conklin en persona. Alex Conklin: su mentor, el cerebro que se ocultaba tras la identidad de Jason Bourne. Sin Conklin, era imposible imaginar dónde estaría hoy.

El doctor Sunderland ladeó la cabeza.

—No entiendo.

—Ese amigo murió hace tres años.

—Pero usted le vio.

Bourne asintió con un gesto.

—Le llamé por su nombre y, cuando se volvió, llevaba algo en los brazos. O, mejor dicho, a alguien. A una mujer. A una mujer cubierta de sangre.

—A la suya.